

MARISA VICENTINI

EL FANTASMA DEL ROSARIO

CANGREJO
EDITORES

MARISA VICENTINI

EL FANTASMA DEL ROSARIO

CANGREJO
EDITORES



MARISA VICENTINI

EL FANTASMA
DEL ROSARIO

CANGREJO
EDITORES

PRIMERA EDICIÓN IMPRESA: JULIO DE 2022

PRIMERA EDICIÓN ELECTRÓNICA: AGOSTO DE 2022

© Marisa Vicentini

© Cangrejo Editores, 2022
Transversal 93 núm. 63-76 Int. 16, Bogotá, D.C., Colombia
Telefax: (571) 276 6440 - 541 0592
cangrejoedit@cangrejoeditores.com
www.cangrejoeditores.com

© Ediciones Gato Azul, 2022
edicionesgatoazul@yahoo.com.ar
Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-958-5532-51-9

DIRECCIÓN EDITORIAL:

Leyla Bibiana Cangrejo Aljure

PRODUCCIÓN EDITORIAL:

Víctor Hugo Cangrejo Aljure

PREPrensa DIGITAL:

Cangrejo Editores Ltda.

DISEÑO GRÁFICO:

Sandra Liliana González Bolaños

DISEÑO CARÁTULA:

Diego Ramírez Perea

Todos los derechos reservados, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin previo permiso escrito de Cangrejo Editores.

El texto y las afirmaciones que contiene esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor. Ni los editores, ni el impresor, ni los distribuidores, ni los librerías tienen responsabilidad por lo escrito en esta novela.

IMPRESO POR:

Multi-impresos S.A.S.

Diseño epub:

Hipertexto - Netizen Digital Solutions

Para Marcelo

*Había un movimiento, una vida, una animación que
aumentaba penosamente mi duelo y mi soledad.*

Theophile Gautier,
La muerta enamorada

*Para nosotros la muerte es más potente que la vida,
nos tironea como un viento, a través de la
oscuridad, con todos nuestros gritos trastocados en
una risa sin alegría y con toda la basura de la
soledad metida en nosotros, hasta que nuestras
vísceras estallan sangrando verdades.*

Truman Capote,
Otras voces, otros ámbitos



MICAELA DUPUIS SUBIÓ AL taxi y dijo:

—A *Muan* y las vías, del otro lado.

El chofer la observó a través del espejo retrovisor: desprolija, el pelo corto revuelto, pálida y ojerosa. Buscaba algo en la cartera.

—¿A Moine y las vías del San Martín o del Urquiza? — dijo el hombre con tono socarrón.

—A *Muan* y las vías del San Martín —respondió ella, que había encontrado el paquete de cigarrillos y reanudaba la búsqueda del encendedor. Segundos después su mano temblorosa la traicionaba y no conseguía ni una chispa. Intentó unas cinco o seis veces y llegó a fastidiarse al punto de insultar en voz alta. En el momento en que una tenue llama azulada quemaba las primeras hebras de tabaco y una delgada culebra de humo comenzaba a zigzaguear en dirección al techo del auto, el chofer le dijo desde el espejo a la vez que señalaba un cartelito rojo—. ¿Cómo se dirá «prohibido fumar» en francés?

—No sé —respondió Micaela—, pero sé cómo se dice «imbécil». Pará, que me bajo acá. El chofer detuvo el auto

bruscamente. Micaela revoleó un billete de cinco pesos y se bajó.

Desde el interior del vehículo escuchó al hombre decir:

—¿Y flaca? Yo también quiero saber cómo se dice «imbécil» en francés, por ahí me sirve con algún pasajero medio engrupido.

Micaela expiró una bocanada de humo con los ojos cerrados.

—Se dice «*tax-xiiisst*» —respondió con énfasis en la equis y arrastrando la i.

Estaba a más de quince cuadras de la que sería su nueva casa. El flete con las cosas llegaba más tarde, por lo tanto, decidió caminar por las calles del barrio de su infancia. No tenía nada más que una dirección anotada en un papelito, un número de la calle Francia, que ella calculaba quedaría justo en la intersección con *Muan*.

En el flete venían las pocas cosas que deseaba conservar: el sillón verde, el somier, cuatro canastos con ropa, los libros, la góndola y las fotografías. Eso era todo lo que la acompañaría del pasado, suficiente para mantener la carga de los recuerdos.

Pasó *Muan* y llegó hasta Francia y Sourdeaux. Al mirar los letreros con los nombres de las calles se preguntó cómo pronunciaría «Sourdeaux» el taxista. Cuando estuvo frente a la puerta de rejas miró la casona como un niño a un gigante; la sorprendió la arquitectura y la antigüedad de los materiales. Era una construcción estilo inglés que tenía aspecto de estación de ferrocarril, con barandas y postigones pintados de azul oscuro. Estaba rodeada de un gran jardín cubierto de malezas, y en los fondos, detrás de un alambrado vencido, pasaban las vías del San Martín.

Micaela buscó un cigarrillo mientras pensaba en la góndola, si la había envuelto bien, también pensó en el gondolero tan frágil parado apenas en el borde del barco

con un brazo en alto, como si señalara alguna curiosidad veneciana. Se angustió imaginando el canasto a los tumbos dentro del flete con la góndola, el gondolero y la dama rotos en mil pedazos.

Revolvió una vez más las entrañas de la cartera hasta que encontró la llave. Estaba a punto de entrar cuando sonaron los bocinazos del fletero. Micaela corrió hacia el camión y, sin pensarlo demasiado, trepó sobre el paragolpes para ver los canastos. Todo estaba tal como lo habían acomodado al salir del departamento. Sólo se habían caído unas fotografías. Desde esos pedazos de papel le sonreía Julián, lleno de pecas y reflejos cobrizos de varios veranos atrás. Una sonrisa que permanecía inalterable en las fotos pero que a Micaela disparaba el sonido de sus carcajadas, el perfume de su pelo, el calor de su cuerpo cuando se tiraban a mirar películas en el sillón verde.

—¿Me escucha, señorita?

Se secó una lágrima y asintió mirando el piso. No quería que el hombre le tuviera lástima, a ella llorar le daba vergüenza.

—¿Vamos bajando las cosas? ¿Quiere que abra?

—Sí. Esta es la llave...

El hombre forcejeó con la cerradura unos instantes y, sin poder abrir la puerta, se quedó mirando el picaporte. Micaela que estaba parada detrás tambaleó; tuvo que sujetarse del fletero para no caerse.

—¿Se siente bien? Hace mucho calor...

—Sí, fue un mareo. Tiene razón, es el calor —respondió—. Deme que yo abro.

Micaela puso la llave y la puerta abrió con facilidad.

—Pero... —fue lo único que dijo el hombre.

EL PALIER ERA DE forma circular, adornado con molduras de yeso con flores y mujeres tocando una lira. En el piso se lucía un elegante diseño de distintos tonos de madera y los ventanales eran altos y angostos como los que ya no se veían, salvo en algún museo. Había una gran chimenea en la sala con restos de leña quemada y una magnífica escalera que se contorneaba y desaparecía en una curva hacia el primer piso. Tenía una esfera de madera maciza, como si fuera un globo terráqueo, al comienzo del pasamanos.

Para Micaela, que había pasado casi toda su vida en el pequeño departamento que alquilaba su madre, esto era ciertamente inabarcable. En poco más de un año se había quedado sola y ni esa enorme soledad alcanzaría para llenar los cuartos vacíos de semejante casa; sin su madre y sin Julián pensaba que seguir viviendo era apenas una cuestión fisiológica, una inercia de costumbre o de hábito. *Qué diría mamá si me viera acá...*

Carla Ortiz era la hija de un empleado de la familia Dupuis, gente conocida, antigua prosapia de barrio. Se había enamorado del hijo único que era para los padres una suerte de monumento a la perfección; ante sus ojos un David de carne y hueso. Pero él, rico y lógicamente hastiado de tanta consideración, era todo un rebelde, pendenciero, derrochador, insolente y cuando no, completamente adorable. Lo primero estaba bien disimulado bajo las invisibles alas protectoras del clan que sutilmente, entre misales y cirios, conseguía esconder una personalidad en esencia libertina. Ella tenía un poco menos que su edad, era una chica sencilla sin ningún atributo en especial, apenas unos ojos verde botella quizás demasiado juntos, ni un peso de sobra y una timidez que la hacía pasar por antipática o maleducada. Cuando el joven Augusto heredó los negocios de su familia, fue natural que le pidiera a Carla que atendiera la inmobiliaria, y también que el

muchacho la agregara a su lista de amoríos. Fue natural que ella, tan enamorada como sólo puede estar una ilusa, creyera que los sueños de un porvenir como la gente se habían hecho realidad. La despidió una tarde, como sacudiendo una mosca con la mano. Carla, que lo amaba con locura y vivía en un arrepentimiento constante y rítmico como un sube y baja, pensó que tenía razón, que los pavos reales no deben juntarse con las gallinas y que ella era la responsable del incipiente embarazo.

Micaela Dupuis jamás tuvo de su madre una sola palabra negativa sobre él, algo que alimentaba más rencor hacia ese hombre que era y no era un padre, sino una especie de mito, pero que no obstante, no era reconocido abiertamente como un patán; incluso a veces, Carla lo victimizaba y hablaba sobre el destino de la gente, de los unos y los otros y demás tonterías que Micaela escuchaba con exasperación.

La oportunidad de tenerlo de frente llegó cuando Carla murió rehén de un crónico malestar que la retorció de dolor; sufría de ataques de angustia y queriendo llorar se sofocaba hasta quedar sin aire tirada en una silla, babeando. Un lunes de horas de tedio, llegó la crisis definitiva. Estuvo mirando revistas hasta que quedó azulada mirando el techo. Cuando volvieron del colegio, Micaela y Julián la encontraron en la cocina con una taza de café servida y una lapicera en la mano, los ojos fijos en el cielorraso y el cuerpo rígido, como si en ese instante alguien le hubiera chistado desde arriba y la fulminara tan pronto alzó la mirada para ver quién la llamaba. Al menos Julián no parecía impresionado, de hecho, estuvo largo rato mirando el techo con curiosidad mientras Micaela gritaba pidiendo socorro a los vecinos.

Ella pensaba que su madre había buscado de alguna manera un camino para dejarse llevar hacia la muerte, ya que nunca le dio batalla a su aparente asma ni tomaba los

medicamentos o asistía a las citas que ella le agendaba con el médico. Sintió rencor. No comprendía por qué ni una hija dedicada ni un nieto habían bastado para que su madre tuviera ganas de vivir.

El día del entierro, Augusto Dupuis se acercó a Micaela. Como era un desconocido tuvo que presentarse y sin rodeos le dijo: «Puede que vos no lo sepas, pero yo soy responsable de los peores momentos de tu vida. No sé pedir perdón, ya sos una mujer y no creo que pueda devolverte algo de lo que perdiste, pero me gustaría ser parte de tu historia, de cualquier manera, menos o más, si me lo permitís, y si me decís que no, estás en todo tu derecho». Se quedó unos instantes reconociendo algo de sus facciones en Julián, con ojos vidriosos, los brazos cruzados y un enorme peso sobre la cabeza que lo volvía algo encorvado.

Días después, Micaela, sin entender bien por qué, hizo una breve llamada y a partir de entonces Augusto comenzó a ir dos veces por semana a buscar a su nieto a la salida del colegio. Después iban a la plaza, o simplemente merendaban en un bar, y al promediar la tarde caminaban de la mano hasta el departamento. Micaela abría la puerta del edificio, recibía a su hijo con un beso y saludaba fríamente con un gesto a su padre. Nunca permitió que se hiciera lugar a una conversación, nunca imaginó en aquel entonces, cuánto se arrepentiría más adelante de no haber facilitado un acercamiento con él.

—¿Señorita, en qué pieza ponemos la cama?

—¿Cómo dijo? —respondió ausente—. Que en qué...

—¿Dónde va la cama, *piba*?

—No sé, en alguna habitación de arriba, en la que sea más grande —era consciente de que ya había cansado a los hombres con su falta de atención.

Fue a la cocina y se alegró de que estuviera mucho mejor de lo que esperaba, todo era antiguo, pero en buen estado. Sobre la piletta había una ventana con vista a la casa lindera. Abrió las alacenas y encontró platos, vasos, cubiertos, todo listo para usar. Se sintió exageradamente aliviada; si esos elementos no hubieran estado ahí, habría comido con las manos y tomado del pico de las botellas. Sin ganas, sin voluntad, no le interesaban las cosas de lo cotidiano, el transcurrir de un día era lo mismo que el de un minuto.

—Señorita, ya está. Cuando vacíe los canastos me llama y los pasamos a buscar.

—Gracias, los acompaño.

Micaela cerró la puerta y miró a su alrededor. Estaba adentro de la casa y, sin embargo, se sentía lejos de todo.

Los días posteriores se mantuvo ocupada limpiando. Sacó lustre a los picaportes de bronce, enceró los pisos de madera, quitó telarañas de los recovecos, cortó el pasto. Se tomó el trabajo como misión y encontró que el cansancio físico la ayudaba a dormir, al menos unas horas. Al poco tiempo la vieja mansión recobró cierto brillo y Micaela empezaba a sentirse cómoda.

Una tarde, mientras limpiaba los ventanales, llamaron a la puerta. Una mujer de cabello colorado y excedida de maquillaje, le extendió la mano diciendo:

—Hola, soy Coca, de la inmobiliaria de tu padre...

—Coca, claro —dijo Micaela y tuvo tiempo de pensar cómo era que terminaba alguien llamándose así. Había hablado por teléfono con ella cuando le hizo llegar las llaves de la casa.

—Sí, te saludé en el sepelio, pero no te dije quién era, no podía hablar. También fui al de tu mamá, pero esa vez no me acerqué.

—¿Usted la conocía?

—Claro, ella me enseñó el trabajo cuando se fue de la inmobiliaria. Vos estabas en la panza.

—Cuando él la echó, querrá decir.

—Bueno, querida, yo comprendo... pero él cambió mucho con los años. Hay que entender que...

—Y usted fue su amante —arremetió Micaela.

La mujer la miró asombrada, divertida.

—¿Yo? —dijo hundiendo la uña de su dedo índice en el pecho—. No, no, yo me casé muy jovencita.

—¿Y? —respondió insolentemente Micaela, alzando los hombros.

—Querida, ¿puedo pasar?

—Sólo puedo ofrecerle agua —dijo Micaela, apartándose.

—No, gracias. Es una maravilla lo que hiciste con este lugar. Estaba sucio de años, la mujer que vivía acá no limpiaba mucho que digamos.

—Bueno, sí. No sé que voy a hacer cuando no haya nada más que repasar.

—Claro... —dijo la mujer bajando la mirada.

—¿A qué debo su visita, Coca?

—Eh... bueno, vos sabés querida que de la enorme fortuna de los Dupuis quedó esta casa, la inmobiliaria y alguna que otra chuchería.

—Eso me dijo el abogado de la sucesión.

—Bueno, vos sos la única hija de Augusto, y por lo tanto, la inmobiliaria es tuya. Yo no quise molestarte antes, con todo lo que pasó, pero ya no puedo seguir tomando decisiones sola, quiero saber qué vas a querer hacer de ahora en más.

—Yo no sé nada de negocios inmobiliarios, ¿qué podría decirle yo a usted, que trabaja ahí hace años?

—Pero hay temas bancarios, legales, cosas para firmar que quedaron congeladas. Honestamente, también pensé que además te haría bien distraerte, trabajar en tu propio negocio...

—Señora, ¿usted tiene hijos? —dijo Micaela que había sacudido la cabeza mientras la mujer hablaba.

—No, lamentablemente Dios no me los quiso enviar —respondió.

—¿Dios?

—Sí, mi marido no... nunca estuvo de acuerdo en adoptar. Cosas de antes, prejuicios.

—Entonces no me puede entender, señora. Yo antes tenía un trabajo de maestra, pero se enfermó mi madre, luego murió mi hijo y... ya no. Lo que importa es que no sé, ni quiero ni me interesa trabajar en esa inmobiliaria. Cuando usted necesite una firma o algo puede venir a verme, y si no, haga lo que quiera.

Micaela se levantó del sillón para buscar un cigarrillo en la cartera. Coca quedó con la boca abierta. Cuando regresó, desde atrás de la nube de humo le dijo:

—Me quedé pensando, como usted decía, habría que ver por qué Dios no la dejó tener hijos a usted y me saca el mío permitiendo que un borracho lo mate... ¿No? Te da, te quita. Que se vaya a la mierda.

La mujer estaba tan incómoda que no sabía qué responder. Micaela seguía largando humo por la nariz y la miraba fijo, como un toro al paño rojo.

—Ya que estamos, también le podemos preguntar exactamente por qué usted no fue madre. Digo, porque como dice, «no habrá querido», y digo yo ¿por qué no habrá querido? ¿Qué carajo le pasa? ¿En qué lo afecta?

—Micaela, estás con bronca, en rebelión, yo entiendo, tenés que tratar de...

—Yo creo que a Él no le importa un pito su vida, la mía, la de los chicos, la de nadie. Para mí no existe Dios y la gente se rehúsa a admitirlo. Lo usan de consuelo.

—Micaela, no sé, pero la fe existe y ayuda mucho —dijo Coca.

—Me alegro por usted. Permiso, ya vengo —respondió y se metió en el baño para mojarse la cara. Cuando salió tenía los ojos hinchados. Coca estaba esperándola al lado de la puerta de calle.

—Querida, estoy a tu disposición, si te sirve de algo, te quiero decir que pienso que sos joven y linda, sé que nada va a ser igual, pero creo que podés rehacer tu vida, encontrar algún sentido a todo lo que te pasó y darte una segunda oportunidad. Para los que creemos, la vida no termina con la muerte, el dolor redime y al final del camino nos vamos a reencontrar con los seres queridos. Tu amor por tu hijo es más fuerte que la muerte y...

—Sí, bueno. Gracias, señora.

—Por favor, llamame Coca y tuteame, que me hacés sentir una vieja.

—Gracias, Coca.



EL CUARTO QUE EL fletero había elegido para poner el somier era, en efecto, el más grande.

Tenía una ventana de dos hojas largas y angostas, rematadas en el extremo superior por un ventanal en forma de medialuna de vidrio color azul. La cama había quedado frente a la ventana, y esa primera noche Micaela no pudo dormir. Las ramas de los árboles se balanceaban alterando la claridad que llegaba desde el poste de luz en la vereda. Se distrajo mirando el juego de reflejos azulados sobre las paredes; la mente en blanco.

En algún momento se quedó dormida. Un sueño profundo y pesado, resultado del cansancio de siempre.

Despertó con el silbato de un tren. Una molestia, quizás un poco de frío. Abrió los ojos y miró la hora; las cuatro de la mañana. Le costó adaptarse a la luz para ver el reloj. Se acomodó nuevamente para dormir. Luz a pesar de tener los ojos cerrados. Luz que a las cuatro de la mañana no tiene sentido. De un salto quedó sentada en la cama. Una esfera incandescente flotaba sobre sus pies, un ópalo blanco, opaco, que irradiaba, pero también absorbía, como si un globo pudiera inflarse de metal en forma de aire. Micaela cerró nuevamente los ojos pensando en el reflejo pasajero